

---

---

## España en la literatura peruana de viajes

---

---

Es bastante estimable lo que los escritores peruanos han ofrendado en materia de impresiones sobre España aunque muchos, como Garcilaso de la Vega Inca, las dejaron implícitas en su memoria, con meras apostillas o aislados apuntes, aludiendo éste, por ejemplo, a sus dos pares de zapatos de cordobán gastados en sus andanzas por Sevilla y Madrid.

El interés, aunado a la posibilidad de viajar por España, empieza así para los peruanos desde el comienzo del siglo XIX, con las impresiones muy originales y pintorescas y hasta ingenuas de Manuel Lorenzo de Vidaurre insertas en sus *Cartas Americanas* (1818), donde apunta:

«Todo en Madrid me divierte, nada me satisface.» En Valencia... «el olor de las innumerables flores se siente al mismo tiempo que el ojo y el gusto se recrean con los frutos más delicados».

El itinerario de Vidaurre incluye también Barcelona y es ya un testimonio de tono romántico como lo fue la breve impresión de Juan Bustamante en 1845 y los pasos versificados de Gabino Pacheco Zegarra, autor de *A Toledo desde el Cuzco* (Lima, 1893) que contiene una larga y tediosa versada de 50 cuartetos, donde cuenta sus andanzas de errante sentimental.

Ricardo Palma estuvo dos veces en España, el 64 y el 92. Sobre el segundo viaje escribió sus *Recuerdos de España* (Buenos Aires, 1984). Pero se echa de menos sus impresiones del primero que pudieron consignar su fervorosa reacción juvenil ante el mundo hispánico, apenas esbozada en aislados apuntes. El libro aquel contiene, como testimonio de madurez, un panorama intelectual y crítico y una actitud poco afín a las formalidades antañonas y oficialistas. Otro romántico de nuestras letras, Juan de Arona, dejó en sus *Memorias de un viajero peruano* que publicamos un siglo después de escritas (Lima, 1972), una pequeña obra maestra en su género, hermosas páginas de literatura de viaje por tierras españolas.

El siglo XX se abre con las impresiones hispánicas de José Santos Chocano y su derroche de elocuencia poética. Le sigue un libro medular y ponderado de Rómulo Cúneo Vidal (Juan Pagador) que pocos han leído en el Perú y que lleva por título *España. Impresiones de un sudamericano* (Madrid, 1911). Felipe Sassone es el viajero que se radica en la península después de haber ofrecido, en sus primeros contactos, donosas impresiones. Félix del Valle, el cronista ágil y avisado fue sutil intérprete, en varios tomos, de los secretos de Madrid, Toledo y Sevilla.

No dejaremos de mencionar al despabilado Alberto Guillén, estropeador de

reputaciones literarias y fustigador de vacas sagradas en las páginas de *La linterna de Diógenes* (Madrid, 1921). Con César Falcón la crónica alcanzó dimensión distinta, penetrada por la preocupación ideológica hasta alcanzar los años de la segunda república.

César Vallejo irrumpe, finalmente, para ofrendar las notas de angustia y dolor en poemas memorables dedicados a la gesta revolucionaria de 1936-37 con la que confundió su propio lamento agónico.

Recientemente, el caudal de este material bibliográfico se incrementa con dos libros de singular significación. Un inteligente periodista cusqueño, Manuel E. Cuadros, a quien debemos aporte importante sobre la escritora Clorinda Matto de Turner ha publicado *Itinerario de un viaje al viejo Mundo: España* (Lima, Empresa Editoria Humboldt, S. A., 1979, 226 págs.). En apretadas páginas de prolijo visitante, Cuadros ha señalado los pasos de una peregrinación (hecha en 1954) que va de Barcelona a Madrid, a Toledo, a las tierras sugestivas de Andalucía. El viajero evoca emocionado la gesta histórica de los conquistadores de América a la luz de testimonios, documentos y lugares. Su objetivo principal parece ser Córdoba, la ciudad en la cual reposaron las cenizas de Garcilaso el Inca, hoy ya en su tierra natal, gracias al esfuerzo conjunto de Raúl Porras y de otras voluntades devotas del autor de los *Comentarios Reales*, entre las que se cuenta el propio autor del libro comentado. El viajero se hunde a veces en un subjetivismo de romántico efusivo que podría haberse marginado. Pero el deslumbramiento que avasalla la mirada objetiva del visitante zahorí, se recobra en otras páginas de interés manifiesto.

El otro libro reciente es el de Manuel Solari Swayne *Andando la España inmutable* (Lima, Litografía Latina, 1979, 208 págs.). Bella edición digna de las crónicas cultas y amenas que contiene. El objetivo de las varias andanzas españolas de Solari persigue el legado artístico español las huellas del genio literario y el paisaje y la naturaleza. Su visión es, fundamentalmente, espacial: la luz del ambiente, la gracia de la arquitectura, la sugerencia de la pintura, el movimiento de la danza, la estampa costumbrista, el cuadro de la vida urbana. Libro destinado a la comprensión de la España eterna, se aparta del fatigante y escueto texto de la guía turística para ahondar en las esencias del existir y del ser españoles.

Pero Vallejo exige algunas consideraciones más detenidas.

A pesar de su larga residencia en Francia (1923-1938), la proyección espiritual, la emoción telúrica, la preferencia temática de César Vallejo está dirigida a España y se hace carne y espíritu en ella: esta actitud la vemos dominante en su obra posterior a *Trilce* (1922), en todo el conjunto de su obra poética reunida en *Poemas humanos* (1938). Más que el ancestro, la identificación con lo hispano parte de su propia vivencia de la vida social, del alma popular y de la geografía españolas, captadas en sucesivos viajes a la península, y elaboradas en el acontecer de su angustia cósmica y de su trasfondo andino. Subyace, en los recónditos estratos de su ser, en los abismos de su conciencia, el fluir de un manantial poético acumulado a lo largo de su experiencia del suceder histórico contemporáneo y de sus propias incorporaciones de la vida española en sucesivos viajes, el de octubre de 1925, el de mayo de 1930 y el que se prolonga entre fines de 1931 a 1932. Es el momento en que escribe *Tungsteno, Pace Yunque* y los dos libros sobre Rusia. Luego vendrán las estadas finales: la de diciembre

de 1936 para un escaso mes, y las dos semanas en julio de 1937 en Madrid y Valencia, en plena guerra civil española.

César Vallejo vivió en España los años más trascendentales de su vida. A España, agónico ya, estuvieron dedicadas sus últimas frases.

Con su muerte coincidió el final trágico de la contienda civil. 1938 es para Vallejo y para España un año significativo: la caída de la República y la ausencia definitiva de Vallejo.

En España apareció en 1930 la edición consagrada de *Trilce*, realizada con el notable prólogo de José Bergamín.

Allí también aparecen su libro de viaje por la Unión Soviética, *Rusia en 1931*. (Madrid, Ed. Zenit, 1931).

Esos últimos días de 1937 —entre septiembre y noviembre— concibe (con sangre y desesperanza) los elementos más dolidos sobre la vida española que han de volcarse en poemas que escribe a su regreso meses antes de morir, de enfermedad desconocida que los médicos franceses no llegaron a diagnosticar, que habría de ser algo que la ciencia médica no ha inventado todavía: el «dolor de España».

En tres meses escribe gran parte de sus últimos poemas y dirige a España —como dice Georgette— «su ruego desesperado».

El clímax de esa aproximación a la entraña española está marcado en aquel conjunto poemático que tituló, con estertor de agonía lacerante: «España, aparta de mí este cáliz.» En ellos vuelca todo su dolor entrañable con toda la energía de su alma y su fuerza vital, al punto que llega a prorrumpir en una frase que encierra la declaración de su impotencia para expresar la inmensidad de su dolor «que todo el alma no nos basta». *España, aparta de mí este cáliz*, según ha dicho un gran poeta actual de España «es el libro entre los muchos dedicados a la guerra civil española, incluidos los de Neruda, Hernández, Malraux, Bernanos y Hemingway, el que más seriamente nos mira al corazón de los españoles», por su talla de dolor y maestría verbal.

José María Valverde, Blas de Otero, Guillermo Díaz Plaja han proclamado a Vallejo el gran maestro del lenguaje poético.

Otro singular poeta español de la generación penúltima, Félix Grande, publicó en *Cuadernos Hispanoamericanos* (número 316, octubre 1976) su admirable y conmovedor comentario a la poesía de Vallejo hasta hace poco inédita todavía para los españoles que no habían salido de la península:

«Vallejo fue para muchos escritores de mi generación un maestro conocido por tradición oral: alguien nos recitaba, de memoria, algunos poemas de Vallejo, hasta que pasaban a enriquecer nuestra memoria; luego nosotros recitábamos de memoria a Vallejo para otros infortunados —y afortunados— que lo desconocían hasta que, a su vez, quedaban asombrados y dispuestos a hacerlos conocer a otros. Durante años la cadena creció: contra las prohibiciones, la censura, la impuesta inexistencia de sus libros en nuestras librerías.»

Es para nosotros muy revelador este testimonio de un contemporáneo que nos refiere cómo en nuestro siglo XX, cabía aun, como si no existiera la escritura, que el mensaje de un poeta se transmitiese por tradición oral. Esa ha sido la suerte de Vallejo



*La plaza Mayor, de Madrid, en la actualidad.*

en España durante varios lustros posteriores a 1938, el mismo año en que murió Vallejo y España ingresó en el oscurantismo, felizmente ya superado.

Dicen y desdicen que las últimas palabras del Vallejo moribundo habrían sido: «Voy a España... Quiero ir a España.» Si ello no es cierto merecería serlo. «Voy a España... Quiero ir a España.» Y le contestaríamos: «Ahora puedes ir. Las cosas han vuelto a tomar su cauce humano. Se puede oír la voz del pueblo.»

ESTUARDO NÚÑEZ  
*Las Mimosas, 155*  
Barranco  
LIMA (Perú)